

PRÓLOGO

Julio Ramón Ribeyro y la “escritora en ciernes”

Por Paloma Torres

Este libro que tienen entre las manos toca el tema crucial de la literatura de Julio Ramón Ribeyro: la duda. ¡Cuántos otros motivos son relevantes y atractivos en su narrativa y en sus obras de no ficción! Sin embargo, es la duda —siempre presente, unas veces con claridad, otras con sutileza— la que da el tono de su composición. Frente a su obra heterogénea y resistente a las clasificaciones, Ribeyro habló en alguna ocasión de una cierta “tonalidad de conjunto”, ese trasfondo inexpresable que hace reconocibles las distintas piezas de un mismo autor. La duda es su nota básica y con ella deben familiarizarse quienes busquen comprender a la persona que escribió: «La duda, que es el signo de mi inteligencia, es también la tara más ominosa de mi carácter». En la famosa cita que abre este volumen, se expresa la doble faz de la duda en Ribeyro: por un lado, el sufrimiento personal que le provoca lidiar con ella; por el otro, la duda como acicate, hacedora de una misteriosa fecundidad en el plano de la inteligencia.

Porque el escepticismo de Ribeyro es fecundo. Aunque pueda parecerlo en muchos pasajes de su diario *La tentación del fracaso* o en los finales trágicos de sus magníficos cuentos, no es pesimista cuando sus personajes no logran alterar la inercia de su vida y la crudeza de su entorno. Así se explicó en una entrevista que

concedió al diario peruano *La Prensa* el 4 de noviembre de 1976: «Escéptica es una persona que no cree en la posibilidad de descubrir la verdad, por ejemplo. Pesimista es una persona que cree que la vida no vale la pena de vivirse, etcétera, que nunca podremos alcanzar un poco de felicidad. El escepticismo es una forma un poco más intelectual, desapegada, de mirar la realidad, sin hacerte muchas ilusiones de lo que pueda pasar, pero esperando siempre que suceda algo favorable». Esta distinción puede parecer coyuntural, pero es en realidad decisiva e implica una mirada distinta hacia la realidad: si el pesimismo se ancla en la contemplación del hecho dramático, lo que la duda pone en movimiento es el deseo de comprender, que vertebra toda la obra de Ribeyro y que la marca más que el dramatismo. Es una inclinación intelectual, el “signo de su inteligencia”. Más que actuar, el personaje comprende: el protagonista de “Los eucaliptos”, por ejemplo, ve cómo la calle de su infancia se transforma y, mientras los nuevos niños juegan alegres porque ignoran el pasado, él enciende un cigarrillo y se queda pensativo en la puerta de casa.

La duda es una inclinación intelectual y, en este sentido, *Las dudas del mudo* ve la luz en el momento justo y preciso para ser leído, para ser bien recibido y entendido. Es la hora del Ribeyro pensador. Cuando recientemente La Caja Books publicó por primera vez en España *Dichos de Luder*, pensé que había sido su maestría en el cuento la que estrictamente había hecho que entrara en la historia de la literatura, pero que el autor que resiste el paso del tiempo y apunta su carácter de clásico de las letras es el Ribeyro pensador.

En uno de los pasajes de las páginas que siguen, Jorge Coaguila menciona *Juan de Mairena* (1936) como uno de los antecesores en el género al que se adscriben los dichos ribeyrianos. En esta obra fundamental del poeta español Antonio Machado, hay un párrafo extraordinario donde el maestro afirma que su alma es

siempre «un alma en borrador», un alma «llena de tachones, de vacilaciones y de arrepentimientos», que a veces no está segura de lo que dice. Así, de la misma manera, el alma de Ribeyro construye su literatura sobre la vacilación y la conciencia clara de la propia debilidad. Y esta no es una licencia poética, sino la constatación de un hecho, sobre todo en relación con su obra de no ficción. «Las hojas, mis tantas hojas immaculadas, se van llenando de fragmentos como este, que se yuxtaponen para formar lo inorgánico, lo discontinuo, la negación de lo que quiero hacer, en suma, el testimonio de la no obra, de la sequedad, de la pequeñez», expresa Ribeyro en su diario. ¡Qué singular es la fuerza que va tomando esta “no obra”, hecha de negación y discontinuidad, hasta convertirse en principal!

Las dudas del mudo cuenta de fondo la historia de un encuentro entre Ribeyro y la joven “escritora en ciernes”, como se denomina a sí misma, con bella expresión, María José Correa. Es un brillante aporte a la bibliografía que existe sobre el autor y un elocuente ejercicio de escritura creativa. Creo que, como *La caza sutil*, este libro también propone un “paseo”: un placentero caminar —casi podría decirse que una peregrinación de la autora para enfrentarse a su propia duda, a su propio proceso creativo— a través de las distintas etapas que son las obras que recorre: *La tentación del fracaso*, *Dichos de Luder*, *La caza sutil*, *Prosas apátridas* y, en un original ejercicio, *Dibujos y notas*. Es una propuesta completa y desafiante. Como dice el título, se trata de “una” lectura: estas páginas aúnan un espíritu de rigor y respeto académico (en el buen sentido de la palabra) con la lectura viva, personal, transformadora.

En la escritura ensayística, libre y subjetiva, que permite la digresión y una citación más ágil y natural que la autora domina de manera excelente, María José Correa consigue encontrar su

propia medida artística y leer a Ribeyro y, a la vez, leerse a sí misma. Ambas voces están muy presentes: la lectora busca “una bocanada de aire”, Ribeyro ofrece las respuestas que su obra pueda contener y, con esta renovada lectura, va, de nuevo, resistiendo al tiempo. Mantiene a Ribeyro en el centro, pero le sirve para reflexionar sobre ella misma y para encontrar hermosas afinidades.

A la escritora en ciernes, que tuvo la suerte de conocer en el Máster Universitario de Escritura Creativa de la Universidad Complutense de Madrid, el género del ensayo le parecía “un señor muy serio con corbata”. No se amilanó ante esta apariencia de formalidad y su voz encontró acomodo en los márgenes de un género que finalmente no resultó tan serísimo.

Me sugirieron que contara aquí por qué me interesó, hace ya años, estudiar a Ribeyro. No fue una serena elección racional, por lo que no me resulta posible dar una buena explicación. Al principio fue por su humor y, luego —la autora de este libro lo entiende—, porque pocas afinidades hay mayores que las que nacen de compartir un defecto, una lucha interna, un desasosiego.

Madrid, enero de 2026